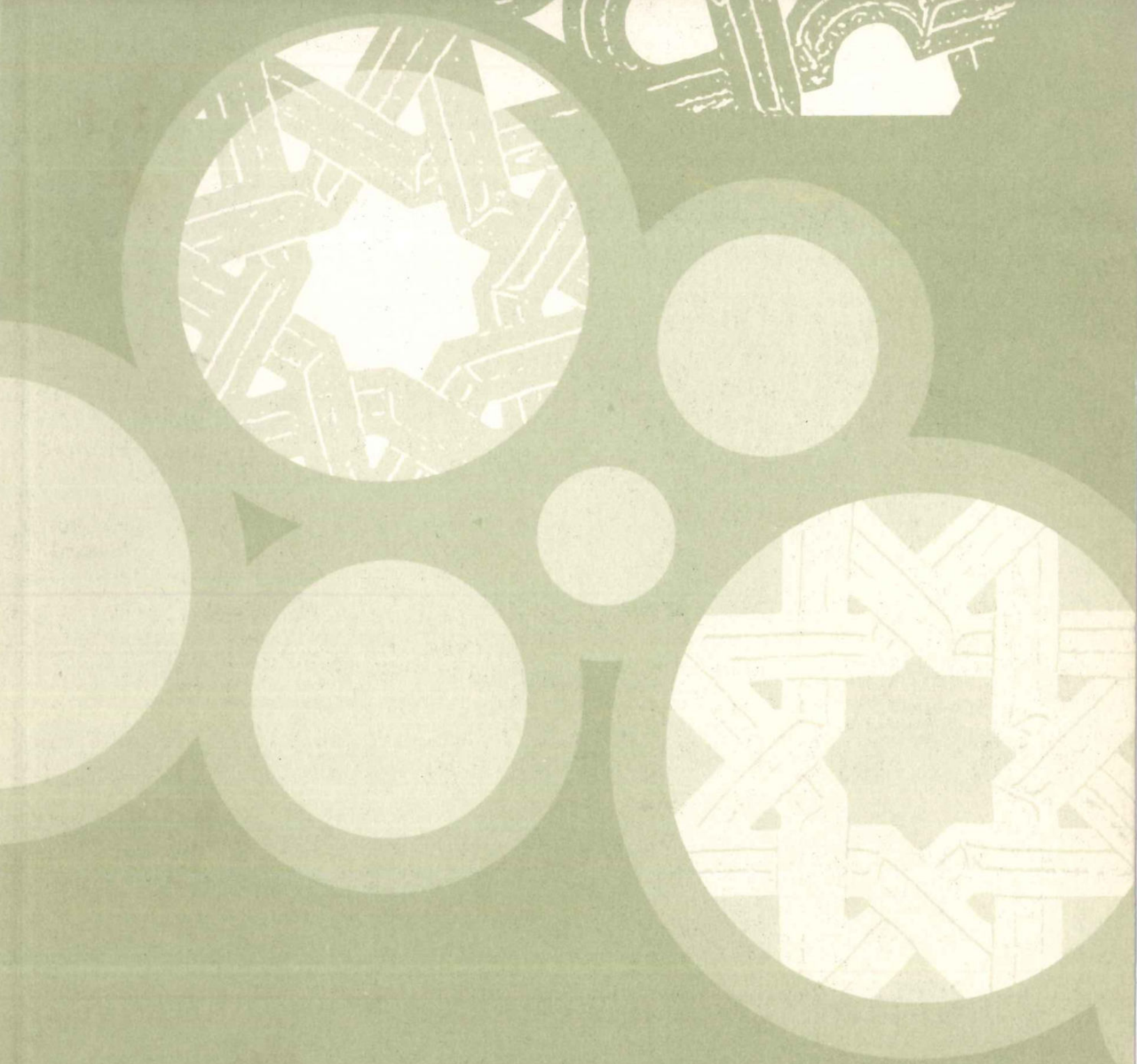


Relatos en el Museo

I Concurso de Relato Breve
del Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA

Relatos

en el Museo

Consejera de Cultura
Rosario Torres Ruiz

Director General de Museos
Pablo Suárez Martín

Coordinación general
Mª Dolores Baena Alcántara, Directora del Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba

Textos
Primer Premio: Francisco Javier Lucena Domínguez. Accésit: Verónica Barrasa Ramos. Mención Especial del Jurado: Cristina Maldonado Buenrostro. Finalistas: Félix Amador, Carla Dulfano, Fernando Penco Valenzuela, Antonio Rojano, Rafael Ruiz Serrano, Alejandra Vanessa, Antonio Zafra Arrebola.

Colaboradores
Juan Bautista Carpio Dueñas
Silvia Muñoz Jiménez

Ilustraciones
Ángeles Alcántara

Diseño y maquetación
ZUM creativos

Impresión
Tipografía Católica

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

ISBN: 84-8266-525-1
Depósito Legal: CO-700-2005

© de la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

© de los textos e ilustraciones: los autores

El Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba siempre ha desempeñado un papel muy importante en la vida cultural de esta ciudad, pero ahora queremos que se abra aún más al público. Para ello, estamos poniendo en relación la Arqueología y la Historia con la literatura, las artes plásticas contemporáneas, la música...

Con objeto de convertirse en un verdadero centro cultural el Museo ha diversificado sus propuestas y las de carácter literario han tenido una magnífica aceptación a lo largo del pasado año 2004, de hecho, el I Concurso de Relatos del Museo Arqueológico de Córdoba fue una de las actividades con más proyección.

Este primer concurso de relato breve se diseñó para celebrar el Día Internacional de los Museos, cuyo lema, "Sentir el Museo", marcó de forma muy intensa los 54 relatos procedentes de diversos puntos de la geografía española y de países como Argentina, Cuba o Vietnam.

Es de justicia agradecer la colaboración que nos prestaron la Asociación de Amigos del Museo Arqueológico y las empresas patrocinadoras de estos premios: Bodegas Campos, Zum creativos y Librería Anaquel.

Asimismo, conviene subrayar la calidad del jurado, que estuvo presidido por la entonces Delegada Provincial de la Consejería de Cultura, Rafaela Valenzuela, y en el que también figuraban el profesor de literatura de la Universidad de Córdoba Pedro Ruiz y los escritores Pablo García Casado, Elena Medel y Rosa Regás.

Este libro que hoy sale a la luz es el resultado de este concurso y del compromiso adquirido en sus bases: la publicación de los relatos premiados y de los finalistas. Disfrutemos de esta otra forma de ver el Museo y permanezcamos atentos a los resultados del II Concurso, aparejado al Día Internacional del Museo 2005. Estoy convencida de que los que lean este volumen querrán más.

Rosa Torres

CONSEJERA DE CULTURA DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA

Dados, dados, dados

¿Dado?

Cuadrado . da

cuadrado, DADO

cuadro DADO

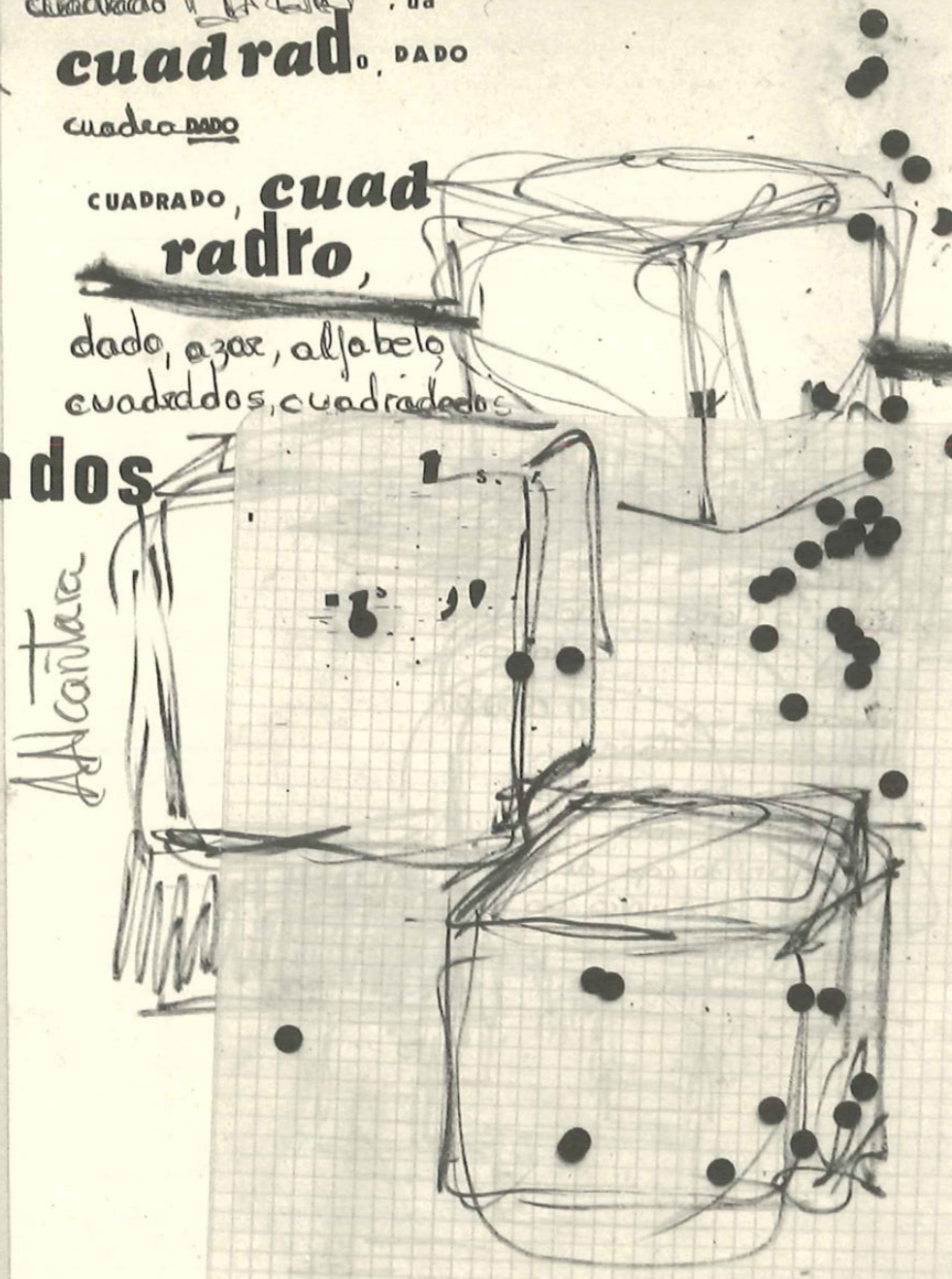
CUADRADO, **cuad**

radro,

dado, azar, alfabeto

cuadrados, cuadrados

dados



Francisco Javier Lucena Domínguez

I concurso de relato breve del Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba -1º premio-

Dados, arde la suerte

"Hasta los signos vienen

las sombras torturadas.

Pienso en el día en que los caballos aprendieron a llorar"

ANTONIO GAMONEDA, *Arden las pérdidas*

I

Dados, humildes piezas hechas de hueso, sustancia de la vida o, más bien, de la muerte, que siempre es una pérdida. Tejido muerto, ganado - ¿ganado? - para leer la suerte, el futuro. Arde la suerte.

Dados, necromancia, como toda arqueología, como toda historia de los hombres. Pero seamos justos: tal vez fueron expiatorios y ocuparon el lugar de las víctimas cuyo sacrificio debía revelar lo venidero, tal vez fueron en verdad ganancia civilizadora contra la barbarie, una forma de que los hombres jugasen con los dioses, los suplantasen en su arbitrario reparto y manejo del mundo.

Dados, tan minúsculos que se pierden. No son altas columnas, majestuosas, ni decapitadas estatuas erigidas para ser derribadas por iconoclastas o por los adoradores de nuevos dioses que levantarán nuevas estatuas para que otros iconoclastas o adoradores de nuevos dioses las derriben, hasta el final de los tiempos. No tienen nada que ver con la disfunción eréctil de viejos palacios en ruinas, sino con el cubil, con lo horizontal, con lo vaginal que buscan. No están en las vitrinas, sino guardados entre las piezas menores de los museos - parte de un ajuar -, en polvorientas cajas de almacén; a veces ni siquiera en ellas, desechado de antemano su valor.

Dados, hechos para rodar y detenerse tras unos vuelcos, con vocación de esfera, pero esfera truncada, porque sólo lo que se trunca revela, desvela.

Dados, marcando la suerte, el azar de los hombres, de los poderosos y de los miserables, más marcado. *Alea jacta est*, dijo el César, que los conocía bien, y quizás además del vuelo de las aves alguien los arrojó y miró con piedad al poderoso que tan jactancioso acometía sus nuevas conquistas bajo la sangre y la espada que, ineluctable, termina por matar a quien con sangre y a espada hiere. Aunque también a quien inventó los dados, junto con el alfabeto, a quien inventó ambos lenguajes, al griego Palamedes, lo lapidaron: piedra contra palabra, eterno retorno de la barbarie.

Dados, para luego, entrados a fuego en la ciudad derruida, bajo los crucificados o en soportales, en las tabernas, con la insensibilidad del tiempo hacia la muerte, ante la que jamás se detiene, jugarse con ellos el botín, las prendas de los muertos - redundancia de la muerte - y perderlas, porque siempre se pierde, siempre se termina perdiendo a pesar de la supuesta ecuanimidad del azar que pregonan interesados propagandistas.

Dados, *arden las pérdidas.*

II

Viene el soldado, veterano de tantas campañas, cojeando por la vía principal, el suelo irregular y lleno de cascotes y restos abandonados en la imposible huída de los vencidos que le dificultan aún más el avance. Registra a los muertos en busca de lo que le corresponde según el derecho de conquista, pero la rapiña ya se le adelantó y los cadáveres yacen desposeídos, casi desnudos y las casas saqueadas. Hoy sabe que su suerte ha cambiado, que con esa herida - un tendón

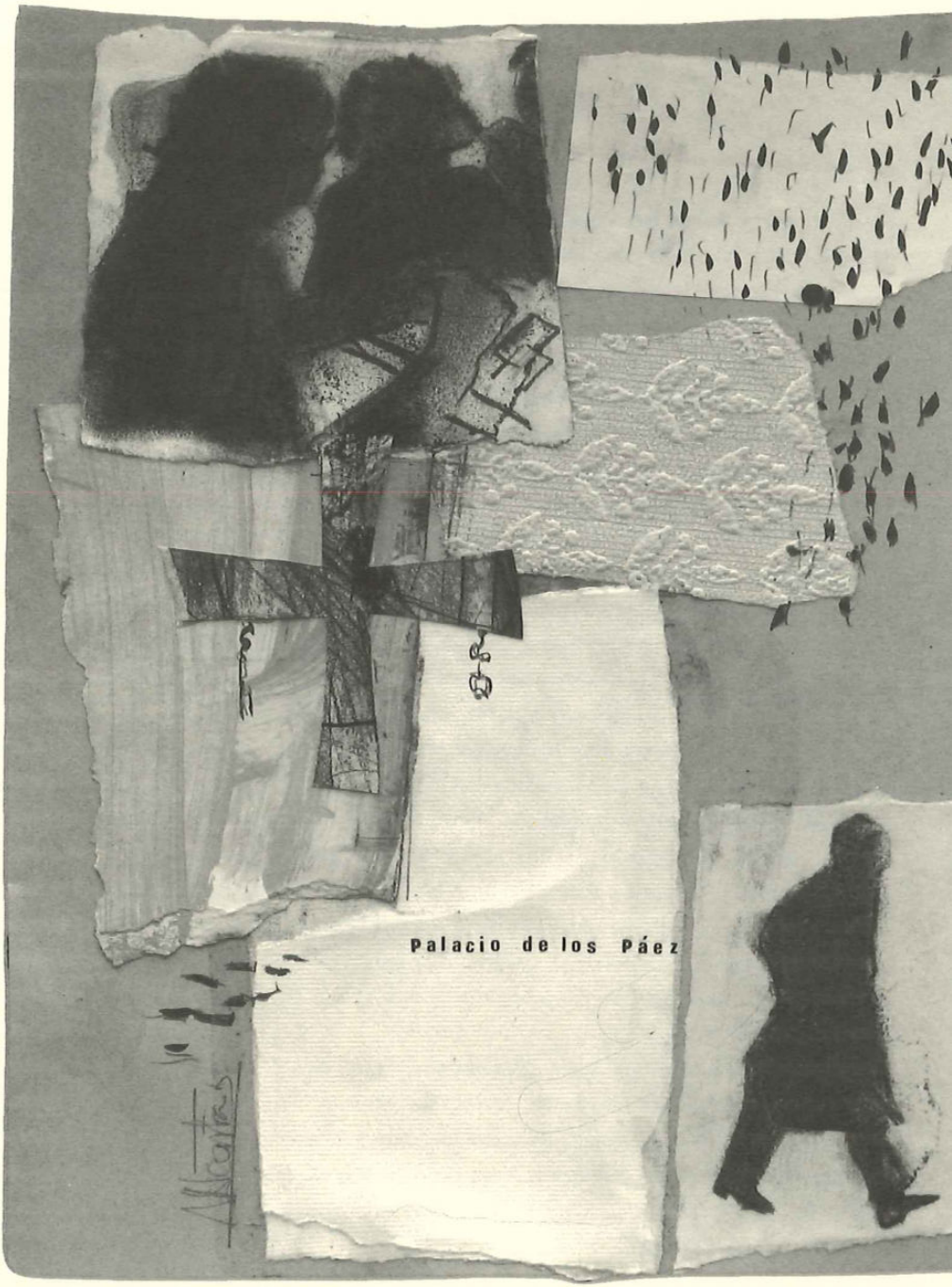
cortado - ya no habrá más batallas, sólo mendicidad, aunque sería impúdico quejarse ante tanta sangre derramada, ante tantos males sin cuento.

Con la espada barre una ajada vasija de un alféizar y al romperse saltan sobre el suelo dos dados, pingüe ganancia. Los coge. Una agria sonrisa se le dibuja en el rostro terroso.

Cerca de la plaza el soldado distingue el burdel, con una muchedumbre de hombres que apenas puede entrar, cargados de correajes, de yelmos, de joyas y menaje arrancado de las casas. Cantan embriagados y vitorean a su ejército. Dentro se cobran el placer gratuito de las prostitutas y de mujeres de la ciudad que hasta allí han llevado. Él no les acompaña en los vítores pero entra a codazos, aprovechando que lleva las manos libres y sobre una negra nubia con la cara desfigurada de dolor y terror, la sangre corriéndole por las piernas abajo, se deja caer y toma mancillado botín, el único, el más fácil; cuando termina, la cara pegada a la de la mujer, sus lágrimas se confunden con las de ella, aunque él, antes de levantarse, se apresura a borrárselas con el dorso de la mano.

Sale de allí cojeando y dolorido y se va a la cercana taberna, tan atestada como el burdel. Sentado en el suelo, recostado contra la pared, ensaya con los dados mientras bebe directamente de una jarra que consiguió arrebatar entre el gentío. Descubre que son dados plomados. Siente algo parecido a una esperanza y cierra los ojos, pero en ese momento, sin darse cuenta, da un golpe a la jarra que derrama su sustancia sobre los blancos dados y ve de nuevo la sangre de la batalla, la sangre de la mujer en el burdel, la sangre de su herida y vuelve a llorar quedamente y otra vez se limpia con la mano antes que nadie le vea.

Llama, altivo, a un par de centuriones que están cerca de él, sentados en unas banquetas, bebiendo y riendo. Provocador, les reta. Se juega primero su armadura, su casco y sus armas; les lanza luego una apuesta definitiva. Y más que recibirla parece ir al encuentro de la hoja cuando el ganador le atraviesa con su propia espada. Tirado sobre el suelo, un rictus indescifrable le congela el rostro al veterano soldado.


Palacio de los Páez

Verónica Barrasa Ramos

I concurso de relato breve del Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba -accesit-

De raíz

Míralo. Dicen que esas cicatrices se las hicieron en el 38 en Los Blázquez. Míralo. Dicen que es un revolucionario de salón. Míralo. Dicen que es un niño de papá. Míralo. Dicen que pasaba propaganda del POUM, que tenía una imprenta en el sótano de su casa. Míralo. Dicen que estuvo en la cárcel, que estuvo condenado a muerte. Míralo. Dicen que su padre es un pez gordo, que anularon la sentencia, que lo dejó allí unos meses para darle una lección. Míralo. Con su traje caro, con sus zapatos lustrosos, con sus cigarrillos de estraperlo. Míralo. Qué aires se da, cómo se pavonea. Míralo. Era de la Universidad. Míralo. Ahora trabaja, ahora compra. Míralo. Negocia para ellos. Míralo atentamente.

Se dirigió hacia la barra. Esquivó mesas. Esquivó contertulios. Esquivó partidas de tute y brisca. Y los charcos de lluvia y los charcos de vino y los orines de un perro que se había refugiado allí de la tormenta. Estaba calado hasta los huesos. Se sentó en una banqueta dándole la espalda al mundo. Ojos como taladros. Murmullos como tenazas ardiendo.

Llamadme traidor. Llamadme cobarde.

Amelia no levantó la vista. Secaba un vaso de vidrio grueso con su propio delantal. El pelo le olía a aceite de fritanga, las manos a salmuera de aceitunas, el

aliento a manzanas verdes. Amelia: acostumbrada a mirar. Vio morir a su padre. Desde entonces no podía apartar la vista; no podía llorar; se le secaron los ojos. Por eso se resistía a clavar sus pupilas en él.

Llamadme mirona. Llamadme cobarde.

Le hizo esperar. A posta. Sin conocerlo, lo odiaba. Él aguantó estoicamente. Como había aguantado bajo la lluvia durante cinco minutos sin atreverse a entrar, dándose ánimos.

El ritual nuestro de cada día... dánoslo hoy. Un tinto.

- ¿Usted es la hija de El Cigarrales? - le preguntó, aunque era casi una afirmación.

- Depende de quien lo quiera saber.

- ¿Sería presuntuoso por mi parte suponer que ya me conoce?

- Sí, lo sería.

Encendió un cigarrillo nuevo con la brasa del antiguo. Pisó la colilla con saña. Tomó fuerzas de nuevo. Sacó la cartera. Dejó ver un fajo de billetes. Llamó la atención de Amelia. La atrajo, la tentó. La araña y la mosca.

- ¿Qué quiere? - preguntó ella y lo hizo muy quedo. Se avergonzaba de que la vieran hablando con él.

- Hace años su padre adquirió unas piezas en las que estaría interesado -. Ella no respondió. Él la azuzó - : antigüedades, piezas arqueológicas, visigodas. Provenían de Jaén, las sacaron de Torredonjimeno. Se vendían en el mercado negro. He seguido su pista hasta aquí y creo que su padre fue uno de los compradores...

- A mi padre lo mataron en la guerra. Sería alguno como usted - escupió las palabras.

No recogió el guante. Sólo dijo: "Puedo pagarle muy bien por ellas."

Ella lo miró con desprecio. Siguió atendiendo las mesas. Durante media hora lo dejó allí para que terminase el vino. Solo. La boca le sabía amarga. Se bebió

hasta los posos. Los saboreó. Masticó el humo del tercer cigarrillo consecutivo.

Volvió. Le hizo una seña. La siguió. Lo siguieron al menos diez pares de ojos mientras salía de nuevo a la lluvia, mientras bajaba por aquellas escaleras en la parte de atrás. Míralo.

Era un sótano. Oscuro. Olía a moho. Había patatas por todas partes. Había garrafas de vino. Envejeciendo; pudriéndose. Unas cajas al fondo. Ella las señaló. Estudió el contenido.

- Lamento su pérdida... - comenzó a decir él alzándose del suelo, la rodilla aún en tierra.

- Ahórrese sus lamentos para conmigo - cortó ella. De raíz.

- Fije un precio.

- ¿Eso? No tiene precio. Mi padre no debió nunca comprarlo y usted no debería hacerlo ahora. La cultura no puede rifarse en una tómbola. Debería estar en un museo...

- Es ahí adonde va. He hecho algunas gestiones. He conseguido que se compre otro edificio para instalar un verdadero museo arqueológico. Tal vez lo conozca. Es el palacio de los Páez de Castillejo -. Él se desprendió del dinero y lo metió en el bolsillo del delantal de Amelia -. Quédeselo -. Sonaba a súplica, olía a remordimiento.

Ella lo miró. Lo miró por primera vez a los ojos. Tristes. Estudió las cicatrices: dolían.

Mirona. Cobarde.

Volvió al bar. Los vecinos oteaban a través de las ventanas. Fíjate cómo llueve. Fíjate cómo se lleva esas cajas. Fíjate en el automóvil. Fíjate: vuelve a entrar. Fíjate: saca más cajas. Fíjate: lo hace todo solo. Fíjate: ella no dice ni pío. Fíjate: arranca y se va como si nada.

Traidor. Cobarde.

- ¿Se puede saber qué ha venido a hacer ese? - le recriminó El Cocodrilo.

- A remover el pasado - contestó Amelia y siguió secando vasos.

Cristina Maldonado Buenrostro

I CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -MENCIÓN ESPECIAL DEL JURADO-

El olvido de los dioses

I

Se encontró en el bosquecillo de la ladera, siguiendo un caminito medio oculto por el follaje. Las hojas muertas crujían bajo sus pies y tenía la extraña sensación de que no caminaba solo, giró la cabeza hacia su derecha y antes de sobresaltarse por lo que vio, se sintió aliviado. A su lado, un gran toro blanco le acompañaba por aquel sendero no grato.

El animal se detuvo frente a una pequeña gruta casi oculta entre un mar de helechos. Su mirada le instigaba a entrar, avanzó con paso lento alcanzando la entrada de la cueva. Respiró hondo y al adentrarse en ella vio una extraña escena. Era él mismo, estaba en lo que parecía el patio de una casa, esculpiendo una gran piedra de mármol que representaba a un hombre matando a un toro. La escena se desvaneció y ante sus ojos quedaron sólo las húmedas paredes de la cueva recubiertas de musgo.

Se despertó sobresaltado, en lugar de hallarse sobre el jergón de paja, estaba sentado frente a él, con la espalda recostada en la pared. Aún no había amanecido, se desperezó despacio y en el amago de levantarse algo cayó de su regazo. Era una pequeña piedra con forma de cabeza de toro, la contempló desconcertado, a su lado en el suelo encontró un cincel.

II

Al terminar la jornada, se dirigió hacia el arroyo. Le gustaba tumbarse sobre la hierba a contemplar el cielo y olvidar su dolor, embelesándose con la belleza de las estrellas. Pero aquella no era una noche como las demás, era negra como ninguna y no se percibía sonido alguno; ni el canto de los grillos, ni el rumor del agua al saltar entre las piedras. Se sentó a la orilla, el aire no se movía, sentía que todo a su alrededor era irreal.

Un ruido lo saco de su ensimismamiento y sintió un soplido en el cogote. Se volvió rápidamente y se lo encontró de nuevo, cara a cara, esta vez no era un sueño. Podía sentir su aliento mientras el toro resoplaba, tenía los ojos brillantes, en los cuales se adivinaba un gran dolor. El animal se apartó de él y se adentró en las tibias aguas otoñales. Entonces fue cuando le vio la herida que llevaba abierta en el cuello, de la cual manaba una sangre oscura y espesa, que corría corriente abajo mecida por un viento improvisado.

Se inclinó sobre las tintadas aguas, esos ojos negros y aguerridos no eran los suyos, ni tampoco aquellos finos labios. El sonido volvió a la noche mientras la mole blanca se alejaba, al otro lado del arroyo, como una luna errante que buscara sitio en el horizonte. El rostro se perdió en la corriente. Se incorporó, justo detrás de él, donde el animal había posado sus patas, algo destelló. Era un pequeño puñal manchado de sangre. Su puñal.

III

No sabía porqué se dirigía a aquel lugar. Conocía la cueva, allí había orado cientos de veces junto a ella, cuando eran pequeños. Luego ella se fue.

- Sabía que vendrías, llevo esperándote varios días - le dijo con voz amistosa un desconocido que le salió al encuentro -. Creo que necesitas de mi consejo.

El muchacho se quedó en silencio, sorprendido, pero aceptó la invitación de compartir un fuego con él dentro de la cueva. El viejo no le dijo su nombre, ni le hizo preguntas, sin embargo le contó que se había instalado en la gruta para cuidar del altar de Mitra que allí se encontraba desde mucho antes de que los dos nacieran.

- Yo también he compartido tus sueños - le dijo el viejo mirándolo fijamente -. Deberías tallar esa escultura que vimos.

- Yo soy pastor de ovejas, no escultor - farfulló confuso -. No creo que pueda.

- Te ha regalado un don de la noche a la mañana, sólo él puede saber porqué te ha escogido a ti - el viejo le sonrió y le apretó afectuosamente la mano. Entonces sintió la pena que el joven llevaba pegada a los huesos, una tristeza honda y feroz. Pues ella se marchó, dejándolo completamente solo, para que día y noche cargara con el tormento de un amor demasiado tímido para ser descubierto y demasiado grande para ser olvidado. El brujo se compadeció, guardó silencio un instante y luego continuó dándole instrucciones -. Debes encontrar el lugar del sueño, la escultura será para Mitra una forma de permanecer entre nosotros, ahora que la expansión de los seguidores de *Chrestus* es imparable.

- Hablas como si... bueno, como si fuese a morir.

- Los dioses no mueren muchacho, pero otros nuevos se imponen a los viejos y entonces la gente simplemente los olvida.

- Si la gente los olvida, es como si no existieran - "como yo", se dijo el joven.

- Así es, en este mundo nada dura eternamente, ni siquiera nuestros dioses. Escucha, no le repitas a nadie lo que te voy a decir - el hombre bajó la voz como si temiera que alguien los hubiese de escuchar en aquel solitario lugar-, no son tan poderosos como la mayoría cree; a veces necesitan de nuestra ayuda.

El joven pastor asintió, al alba partiría hacia *Ipagrun* y cumpliría la voluntad de Mitra. Debía ser muy triste para un dios caer en el olvido.

Félix Amador

I concurso de relato breve del Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba -finalista-

Los días invisibles

La primera vez que vi a Augusto estaba de pie frente a uno de nuestros grabados romanos, admirando su talla, pensé, mientras me hacía una composición de su extraña figura. Tenía un aire despistado y fuera de lugar, como de presencia ausente. Vestía de una forma insólita, como si hubiera robado al azar las ropas que vestía sin haberse molestado en mirar las tallas. Me había avisado uno de los guardias de seguridad. Hay un individuo sospechoso en el patio dos. Lleva un par de días rondando por aquí. Está comiéndose un trozo de pan, añadió. Yo acudí enseguida, podría haber enviado al guardia, pero necesitaba salir del despacho y dar una vuelta. Hacía una semana que me habían nombrado director del Museo Arqueológico, llevaba apenas unos días en Córdoba y ya había pasado 48 horas pegado al teléfono discutiendo con la policía y asumiendo culpas ante las autoridades de la Junta. Una de nuestras estatuas togadas de la época romana había desaparecido. Este hecho, amén de inconcebible, era lo más grave que había ocurrido al museo en todos sus años de historia y yo comenzaba a arrepentirme de haber abandonado París...

Cuando encontré al individuo sospechoso me sorprendió su aspecto. En cierto modo, era extraño en el sentido en que lo había descrito el celador. Me acerqué con un estereotipado ¿puedo ayudarle? y sin volverse me manifestó su disgusto por la forma en que se mezclaban en un mismo espacio inscripciones

funerarias de nobles y plebeyos. Yo intenté disculparme subrayando el punto hasta el que nuestros estudios alcanzaban, pero me sorprendió su interés por la epigrafía y entablamos conversación. Hablaba de un modo curioso, con un acento heterogéneo, mitad andaluz mitad nórdico. Dijo que había aprendido castellano oyendo a la gente hablar y yo lo creí.

La conversación se dilató de tal modo que acabé invitándolo a almorzar. No fue la única vez en que compartimos mantel y he de reconocer que disfrutaba de nuestros diálogos. Supe de él a lo largo de nuestros encuentros que vivía en la ciudad. Llevo aquí siglos, solía decir, pero aún me considero romano. Le interesaba la política, la de tiempos pasados, sobre la que discutíamos muy a menudo y, aunque nunca llegó a comentar a qué se dedicaba, mostraba extensos y extremadamente ortodoxos conocimientos del derecho romano. En una ocasión, paseando mientras charlábamos, se detuvo junto a las escaleras que dan acceso al graderío del antiguo teatro romano. Yo sonreí interiormente, orgulloso de dirigir el único museo del mundo que contiene entre sus muros un yacimiento arqueológico, la Historia in situ. Augusto tenía una expresión indefinible mientras observaba el testarudo orden en que se mantenían aquellas piedras seculares. El mayor teatro de Hispania, susurró. Yo me sorprendí. ¿Cómo sabe eso?, pregunté. Él sonrió sin mirarme a los ojos. Viene en el tríptico, dijo, al cabo. En otra ocasión, hubo muchas en aquellos días, recuerdo haberle encontrado leyendo el periódico con evidente interés en una de las salas. Parecía no tener otra cosa que hacer que acudir al museo a diario. Poco ha cambiado el mundo, dijo, entrando en conversación antes de que pudiera saludarle. Fugaz es la gloria y la de Roma queda lejos, pero el motor del mundo sigue siendo el mismo, añadió: primero, una excusa para la guerra; después, el beneficio económico buscado es la recompensa; y, finalmente, el contagio cultural para consolidar la invasión. Yo sonreí. Él dijo, Globalización creo que lo llaman ustedes.

No había día en que Augusto no me sorprendiera con sus certeros comentarios o con su insaciable curiosidad de eterno extranjero. Leía con fruición cuanto caía en sus manos y no pasaba un día sin que lo viera con algo nuevo en ellas. Cualquier cosa, por vulgar que pudiera parecer, atraía su curiosidad. Un día apareció con un reloj de oro en las manos. Lo estudiaba cuidadosamente. Yo pensé que lo acababa de comprar y que quizás su mecanismo o su diseño eran dignos de curiosidad y me acerqué a preguntarle, pero un grito me detuvo. Alto. Policía. Augusto se volvió, interesado, y vio a aquel policía casi adolescente apuntándole con su arma y llamándolo ladrón. Su rostro se blanqueó, desorientado, ajeno. No sabía

que hacer y, de repente, echó a correr. El agente dio un nuevo alto pero una bala llena de dudas voló nerviosa hacia el fugitivo, lo alcanzó en la espalda y salió por el pecho entre la primera y la segunda costilla.

Dos horas después, yo acudía a mi despacho a firmar la declaración que el juez había hecho redactar cuando mi secretaria me alcanzó. Nerviosa y farfullando, me dijo lo que ya todos sabían. El cadáver de Augusto había desaparecido. El desconcierto en la galería era indescriptible. Agentes que iban y venían, contradicciones, suposiciones, teorías. Entonces, llegó la segunda sorpresa. La estatua desaparecida había sido encontrada. Corrí al patio de las estatuas togadas y, efectivamente, allí estaba, subida a su pedestal como si nunca hubiera faltado. Con interés técnico de conservador experimentado, examiné la piedra en busca de desperfectos y encontré lo más inesperado. Allí, a la altura del pecho, más o menos entre la primera y la segunda costilla, un agujero hería la piedra con mortal saña. Desconcertado, di la vuelta y examiné la marca del orificio de entrada en la espalda. Con respeto, me retiré y observé la estatua desde lejos. Qué invisibles son para la medida de la Historia unos simples días, me dije, echando ya de menos a Augusto, pero me consoló la idea de que, por fin, una de aquellas estatuas anónimas y decapitadas tendría ya siempre para mí un nombre y un rostro.

Carla Dulfano

I CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

El jarrón romano

Alejandra y yo habíamos llegado a España en un vuelo de Aerolíneas Argentinas. Nos instalamos en Madrid y al día siguiente viajamos a Córdoba para visitar su famoso Museo Arqueológico y Etnológico. Estaba ubicado en el antiguo palacio de los Páez de Castillejo, una mansión renacentista. Recorrimos salas, patios y artesonados. Vimos estatuas romanas que atesoraban dos mil años de antigüedad.

Yo había sacado la billetera de mi bolsillo, quería ver cuántos dólares nos quedaban. Teníamos que regresar a Madrid el mismo día: habíamos viajado con poco dinero. De pronto se me resbaló la billetera, cayó justo adentro de un jarrón de cerámica. Sin pensarlo, introduje mi mano en la antigua vasija para recuperar el dinero.

-¿Que buscas ahí adentro, Sandra? -me dijo Alejandra con una impaciencia acumulada por años. Ella estaba acostumbrada a mis despistes, pero, esta vez, me pareció que no estaba en uno de sus días de mayor tolerancia.

-Se me cayó la billetera adentro de este jarrón -dije consternada, como cuando íbamos juntas al colegio y me sorprendían copiándome en un examen.

-Saca la mano de esa vasija -dijo Alejandra cubriéndose los ojos con una mano, y separando las palabras entre si.

-Si no recupero la billetera, no vamos a tener dinero ni para regresar en micro a Madrid -expliqué casi en secreto- y además... ¡No puedo sacar el brazo del jarrón! ¡Se me quedó atorado!

-Sandra -dijo Alejandra entrecerrando los ojos-, a ver si entendí bien: ¿No podés retirar tu mano de ese jarrón? ¿De esa reliquia histórica? ¿Esa joya de la arqueología?

-En realidad podría, pero en ese caso tendría que romper el jarrón en pedazos.

Un silencio feroz se apoderó de la sala donde sólo nosotras estábamos.

-Ni se te ocurra -rompió aquel mutismo Alejandra mientras miraba hacia un lado y al otro, temerosa de que viniera alguien-. Ese recipiente vale millones de dólares. Es del siglo I. Mira esas escenas narrativas y alegóricas, la exótica temática circense y pisciforme, fíjate en esos temas mitológicos, Sandra.

-Bueno, no es tan antiguo, al fin y al cabo es de la Era Común...Y además, ¿Que querés? ¿Que me corten la mano, y me tengan que poner una prótesis?

-¿Por qué no? Resultaría más barato que romper ese cacharro, y además ¿serías capaz de destruir esas maravillosas escenas de guerra, sacrificio y matrimonio pintadas en este jarrón? ¿Dañarías esa majestuosa imagen del emperador haciendo sacrificios a los dioses oficiales? ... snif... ¿cómo podrías, Sandra? -me reprochaba Alejandra emocionada, mientras se agachaba y observaba los detalles de la vasija que había capturado a mi pobre brazo.

-Pero Ale, los romanos que lo fabricaron ya están muertos. Ya no necesitan beber de este jarrón. En cambio yo todavía tengo cosas que hacer con esta mano.

-No seas trágica, ¡es sólo tu mano izquierda! -dijo Alejandra dando vueltas alrededor mío y del jarrón-. Esta vasija es... ¡Es de la época de Augusto, claro! ¡Mira esas guirnaldas! Toda Roma vibra en esas ilustraciones. ¿Te das cuenta? ¿No te emociona tener la mano adentro de un jarrón de Octavio Augusto, quizás tocado por él?

-Bueno, pensándolo así... Ale, el micro parte en veinte minutos hacia Madrid. Si no lo tomamos, vamos a tener que dormir acá.

- Bueno, Sandra, buscaremos un hotel.

-¿Con qué dinero? Mi billetera está en el fondo del jarrón. A ver... me parece que ya casi puedo sacar la mano -dije mientras tironeaba mi brazo hacia afuera de la reliquia con tanta fuerza que me caí al suelo. El jarrón se hizo añicos.

Un guardia se acercó hacia el lugar en donde estábamos.

-¡Fue sin querer! -declamaba Alejandra mientras lloraba y se arrodillaba sobre los pedazos de cerámica, tratando de rearmarlos como si formaran parte de un rompecabezas- ¡Perdón, Augusto! Pido perdón al mundo porque hemos hecho añicos dos... snif... mil... snif.... años de historia.

El guardia nos miraba desconcertado.

Yo dije:

-Mire, no tenemos dinero para recompensar esta terrible... peripecia. Pero podemos llamar al consulado de Argentina, quizás mi país pueda indemnizarlos por este espantoso accidente... ¿Cuánto cree que vale... este... objeto...?

El guardia nos miró extrañado y dijo:

-Veinte dólares.

Alejandra, que se estaba secando las lagrimas con un pañuelo, levantó lentamente su cabeza y, dejando ver su mirada mojada, dijo:

-¿Veinte dólares? ¿Eso es lo que vale esta reliquia de dos mil años de antigüedad?

-No es una reliquia -dijo el guardia- es un paragüero temático, para que las visitas dejen sus paraguas. No es parte de la exposición. Las reliquias romanas son las que están contra esa otra pared.

Levanté un pedazo de cerámica. Tenía una inscripción:

- "Made in Taiwan"...

Fernando Penco Valenzuela

I CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

Caralimpia

...Esta mañana he escuchado ráfagas de disparos. Venían de más arriba, de donde ayer se llevaron al tipo de la casa número dos. Lo echaron a un camión por gritar Vivas a la República... Después, escuché disparos y el tiro de gracia.

Caralimpia se pasó el dedo por la herida de cuchillo que le bajaba de la ceja al labio, la enjuagó con agua y sal, y comenzó a mirar de frente aquel relieve que se encontró dos calles más abajo del cobertizo.

Acabaré vendiéndote a ese abogado. Me dijo que para un republicano no tienes precio. Cuando cierre el trato, llamo a la Antonia. ¡...Ya son días que llevo sin verla y no sé como anda! La Antonia tiene unos ojos grandes que si les da la luz cambian de color pero su verdadero reino está mas abajo, detrás de esas enaguas color prímula. La otra tarde, le pedí que me dejase tocarlas pero me dijo que sin dinero, nada... que aquella vez subió al cobertizo porque quedaba vino en la garrafa. Se sentó. Se levantó la falda, y me dejó mientras devoraba la garrafa contoneando su cuerpo grácil.

...Fue de madrugada cuando le dieron el tiro de gracia. Cuatro fascistas entraron sin llamar, le pidieron que le acompañasen y lo metieron en el camión. Ni arrancó. Allí mismo lo acribillaron. Después, sacaron su cuerpo a

rastras y lo pasearon por la calle como si fuese un trofeo. A la mañana siguiente, se acercó un señor con la chaqueta arrugada, hizo una pose en mitad de la calle y, frente a la casa número dos, dijo en voz alta:... Lucrecio Perlies, un rojo deshonesto y republicano, falleció ayer por la gracia de Dios...

No sé porqué estos fascistas fusilan de madrugada... A veces a las tres, a veces a las cuatro. Se oyen de lejos llegar los camiones hasta la tapia del cementerio y, después, empiezan a sonar las ráfagas y los tiros de gracia. Me viene bien a esa hora. Sin luz. Me acerco con tranquilidad a las fosas y empiezo a desenterrar. Anoche me traje un reloj de plata. Era de un tipo que enterraron vivo. Le ayudé a salir de la fosa y, a cambio, le pedí el reloj. Cuando me lo dio, echó a correr cerro arriba y desapareció entre las tapias del cementerio. Sobre las once del día siguiente, escuché dos golpes secos en la puerta, la abrí suavemente y vi la figura rechoncha y extraña del viejo Martín con su abrigo desceñido. Llevaba puesto el mismo chaleco de días atrás. Entró. Se puso el reloj a la altura del ojo, me comentó que me pasase por su casa a por una garrafa de vino, y se lo echó al bolsillo. Al irse, se paró delante del relieve con la imagen de la República y me dijo despacio que cómo había llegado hasta el pueblo. No le contesté.

Tardó poco en beberse lo que quedaba dentro de la garrafa mientras contoneaba su cuerpo grácil. Su piel era sedosa y blanca, después, me pidió un cigarro y comenzó a fumar rápido echando un humo azul que le tapaba la mitad de la cara.

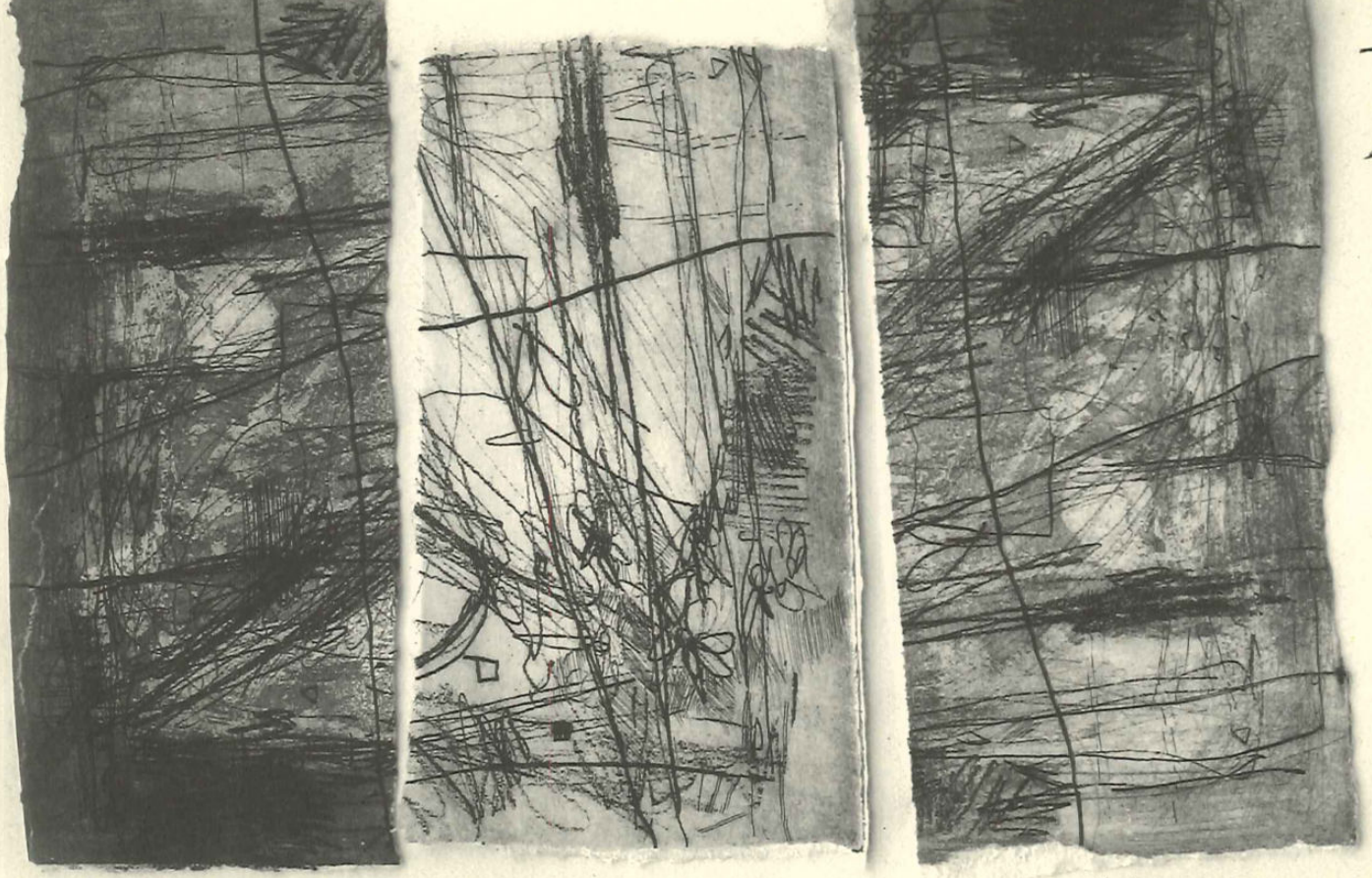
No sé cómo llegó hasta aquí pero sabía que aquel hombre delgado del sombrero oscuro sería incapaz de echarlo a la carretilla. Estaba sobre el acerado, envuelto en una tela a cuadros, dos calles más abajo del cobertizo. Se acercó hasta él, se quedó quieto delante, levantó la tela e hizo el intento de echarlo a la carretilla. No pudo. Observé cómo le bajaban las gotas de sudor por detrás del cuello y cómo gruñía maldiciéndolo mientras lo empujaba una y otra vez.

Cuando desapareció malhumorado doblando la esquina de la calle, me acerqué y, al levantar aquella tela, vi el relieve con la imagen de la República grabada en una piedra gris, entonces, volqué despacio la carretilla a ras del acerado y aprovechando el desnivel, lo empujé con esfuerzo hasta que cayó dentro.

...Hoy he soñado con una fuente de alubias y rodajas de sandía sobre un mantel blanco... Pronto, compraré el mantel y me traeré a la Antonia a comer alubias y a ver cómo le cambia el color de los ojos. La tarde que subió, se quedó quieta mirando fijamente a la imagen del relieve y me dijo con la voz desentonada que le gustaría parecerse a ella porque le recordaba a una hermosa diosa griega.

Da miedo ver las tapias donde fusilan a los republicanos... Se están cayendo... Ha dejado de llover. Todo empezó cuando una nube que venía de detrás de las montañas cubrió el cielo, entonces, comenzó a caer una cortina de agua con tanta fuerza que apenas se veía un palmo... Deben ser cerca de las tres de la madrugada, dentro de poco empezaré a escuchar las ráfagas y a contar, uno a uno, los tiros de gracia... Eso será cuando el jefe del pelotón se acerque a los cuerpos que caen delante de la tapia y apriete el gatillo de su pistola. El jefe del pelotón tiene la voz áspera y seca. Cierto día lo tuve cerca. Estaba a menos de un metro apuntando a la sien de un moribundo. Apretó el gatillo y ¡zas! vi sus dientes negros y su cara hinchada. Sobre las cuatro sabré cuantos van hoy a la fosa y veré si merece la pena salir.

...Pronto amanecerá y pronto se la llevaré a ese abogado. Después, me pasaré por la plaza y veré de lejos el cuerpecillo de la Antonia contonearse delante de sus clientes y echarles ese humo azul a la cara. La llamaré y le diré que ya vendí el relieve, entonces, me contestará triste que por qué lo hice si le recordaba a una hermosa diosa griega, pero luego, cuando vea el mantel blanco, las alubias y las dos sandías grandes y rojas, seguro que se alegrará y estará mas cariñosa.



A Alcantara

Antonio Rojano

I CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

Tres casos de ceguera

"El guarda que pastorea estas ruinas

espera la llegada de los saqueadores de tumbas"

ANTONIO COLINAS. *Pastor de ruinas sobre la colina.*

Había vuelto a llegar tarde.

Aquel día, mi joven cuñado, Marco Petronio, me había invitado a comer a su casa. Estuvo contándome los avatares de su último viaje a la capital del Imperio y me explicaba, mientras tanto, la buena relación que tenía con la diosa Fortuna. Una relación que se había mostrado bajo la forma de un viejo mercader de vinos de Campania en Roma. Interrumpió su discurso para pedir algo más de bebida y el nuevo criado, un esbelto negro de Cartago, agachó su cabeza y volvió al poco tiempo con una jarra rebosante del licor de la buena suerte, o de la "buena fortuna", como él decía.

- Falerno, mi buen amigo Tito, Falerno. Esto es ser afortunado. Estar con los amigos, la familia y poder saborear el mayor manjar del Imperio. Ese magnífico comerciante de vinos me lo regaló todo por casi nada- dijo mientras saboreaba la última gota de su copa que había tomado de un trago.

- Tengo que irme, Marco. El trabajo, es el trabajo. Gracias por la invitación, te la devolveré pronto, pero creo que con este vaso termino. No puedo más.

Me despedí como pude de mi nuevo hermano. Casi tambaleándome, atravesé el pórtico de su casa y salí a la calle.

El polvo se acumulaba en una vieja máscara de Baco y Javier, tomaba fuertemente el brazo de su acompañante. Una vieja amiga de juventud había quedado en llevarlo a un sitio diferente. Al menos lo sería para él. Estaban en una antigua sala llena de restos de esculturas de una época pasada que nunca volvería y por primera vez, como si hubiera perdido una extremidad, guardó su bastón y se dejó guiar por la chica. "Vamos, ven... Confía en mi", le había dicho.

Subí los últimos escalones de la galería interior y por uno de los vomitorios salí afuera. Allí estaba, ante el gran teatro que Augusto mando construir. Eran alrededor de las cinco de la tarde y el sol estaba en su máximo esplendor. Sentí un leve temblor de piernas antes de que Marcelo me interrumpiera. Ya sabía que llegaba tarde, nadie tenía que recordármelo. Fruncí el entrecejo y le di la espalda. Los patricios comenzarían a llegar en pocos minutos y habría que sentarlos en las mejores localidades posibles. Hoy era día de estreno y el teatro se llenaría, a pesar de las bacanales y de las altas temperaturas.

- ¡Por favor, señor! ¿Podría indicarnos nuestras localidades?- preguntó un joven aristócrata señalándose a sí mismo y a su hermano. Los llevé lentamente, puesto que notaba que no me respondían del todo las piernas, lo más cerca posible de la escena-. ¿Qué éxito nos espera hoy, liberto?

- *Edipo rey*, señores.

La sala por la que Javier transitaba tenía una leve escalinata. Allí, la chica, decidió sentarlo para fotografiarle. Quería un recuerdo de su primera salida

juntos. Javier, se colocó las gafas de sol que guardaba en el bolsillo. Lo hizo, pensó ella, quizás por la timidez o por el miedo de dejar impresos sus vidriosos y grisáceos ojos en una fotografía que cualquiera podría ver.

Tras sentar a los dos jóvenes patricios, hijos de un cuestor que había conocido en otra época, y tras tratarlos con la mayor educación posible, escuché mi nombre y subí rápidamente hacia una de las bocas que daban a la orquesta, por la que continuamente entraban más y más espectadores. Llegaban desde todos los puntos de la provincia. Siempre me consideré el acomodador más rápido y servil de toda *Corduba*, por ello incluso, las habladurías, llegaban a decir que era capaz de sortear tres escalones de un solo salto. Habladurías, pensaba. Di un último salto y, justo cuando iba a terminar la pendiente, tropecé con un escalón y caí tan desgraciadamente que golpeé mi cabeza contra el tercero. Siempre hay un tercero en discordia, pensé. Vi inútilmente mi sangre derramarse sobre la roca y decidir, como si de un ente vivo se tratase, marcharse lentamente, como el vino de Falerno y como mi vida, hacia cualquier abertura que hiciera las veces de alcantarilla.

Javier repentinamente cesó el paso. Sintió un extraño impulso y se colocó justo en frente de una pieza, una pequeña lápida inscrita. No dejaba de mirarla. Preguntó si había algo delante de él. La chica, servilmente, le comentó que era una losa funeraria de época imperial cuya inscripción, traducida del latín, venía a decir algo así: - *"Tito Servio Claro, liberto de Tito, acomodador. Aquí yace. Séate la Tierra leve"*.

Rafael Ruiz Serrano

I concurso de relato breve del Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba -finalista-

La hermana

El dolor, como esos insectos apresados en el ámbar, puede permanecer intacto durante miles de años. Quizás también, como ciertos tesoros, está casi a la vista de todos, pero parece reservado a quien por azar o predestinación los descubre. Eso fue lo que, de forma confusa, me rondó por la cabeza cuando, con la ayuda del profesor, terminé de traducir las palabras de la lápida recién descubierta.

Yo había llegado a Córdoba, como podría haberlo hecho a cualquier otro lugar donde admitiesen a una joven estudiante en un campo de trabajo. Recuerdo que era todavía poco frecuente ver a mujer en una excavación. Hace ya demasiado tiempo. Yo no estudiaba Arqueología, pero sentía por ella una atracción que nada tenía que ver con la imagen aventurera que algunas novelas y bastantes películas habían puesto de moda ya en mi juventud. Creía, y mi opinión ha cambiado poco, que la Arqueología era una ciencia que trataba de la vida; que, pese a la apariencia, lo importante no eran los restos ruinosos, los utensilios ya sin función alguna, las tumbas, los hallazgos extraordinarios o vulgares, sino la vida que todo aquello nos permitía imaginar. Intuía que, en realidad, nos estamos buscando a nosotros mismos cuando queremos averiguar quienes y como eran aquellas gentes que nos precedieron. Pensaba que una

ciudad con historia no es sólo la superposición de estratos que van elevando su terreno, sino que también en ella se forman estratos de vida: una acumulación de ambiciones, esperanzas, temores, pasiones, desgracias y sueños, que deberían también ir elevando el nivel moral de quienes viven en ella.

Imaginé a la joven viuda haciendo el fúnebre encargo al lapidario, escogiendo las palabras en las que se mezclan confusamente el dolor, la soledad, el orgullo, el odio y la maldición dirigida a quienes en el anfiteatro contemplaron aquella muerte sin misericordia, a quienes la desearon en el fondo de sus corazones endurecidos, pensando que tal vez así podrían conjurar la propia muerte. Sentí el aguijón de aquel dolor que había estado dos mil años dormido, y que salía de su encierro como un genio escapa de una redoma en los cuentos orientales. Pensé luego que la joven esposa había logrado en parte su venganza, porque no quedaba rastro de los que presenciaron esa muerte, cuyos nombres fueron barridos para siempre, mientras que, cada vez que un desconocido vuelve a leer esas breves palabras, se repite ante él, como un sacrificio ritual, la bárbara escena que devuelve por unos instantes la vida al joven gladiador: el brillo inútil de la espada, la herida final, el graderío vociferante que calla de repente, los ojos casi muertos que buscan la ultima mirada de la esposa...

Terminé de leer la lápida. Ni siquiera podía saber el nombre de esa mujer que, sin embargo, me transmitía su dolor antiguo, como a una hermana a la que quisiera encargar a través del tiempo que velase la tumba del esposo, cuyo nombre no he podido olvidar:

"El mirmilón Actius, seis veces vencedor, de 21 años, está sepultado aquí: sea(le) leve la tierra. La esposa, con su propio dinero, a su marido. Lo que cada uno de vosotros a mi deseare, eso en vida y en muerte háganselo siempre los dioses a él".

El agua con que lavé el pequeño rectángulo de mármol para eliminar las últimas adherencias disimuló mis lágrimas.

Yo había venido a Córdoba a pasar una breve temporada, pero la vida, como los viejos dioses, juega con nosotros de forma caprichosa. He vivido aquí desde entonces. A veces me pierdo paseando sin rumbo por la ciudad, y creo percibir en una calle solitaria, en una plaza escondida, el aliento de otras gentes, de otro tiempo, y siento que gravita sobre mí el peso a la vez insoportable y dulce de los siglos. En esos paseos, sé que mis pasos me conducirán inevitablemente a la pequeña sala del Museo donde está expuesta desde entonces mi lápida, y me acerco a ella respetuosa y sobrecogida, como quien visita la tumba de un familiar recientemente fallecido.

Vuelvo de vez en cuando a mi tierra, pero sé que esta ciudad, a la que mis paisanos describieron hace varios siglos como una reina destronada y cubierta de harapos, que ha tenido que tejer y destejer con las mismas piedras abrigos para los diferentes dioses que la han habitado, mientras ella tiritaba de frío, me espera pacientemente. Sé que pronto alguien que me ama encargará para mí una breve lápida, que tal vez muchos años después alguien leerá, quizá también sobrecogido. Y que para entonces yo seré una pequeña mota de polvo entre los estratos de la vida de esta ciudad. Sólo deseo que también a mí el peso de esta tierra a la que amé sin ser la mía, me sea leve.

Alejandra Vanessa

I CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

Magia al borrar (cuento infantil)

Érase una vez una goma de borrar llamada Leyla. Bueno, en realidad: érase una vez una niña de siete años, pelirroja, de ojos azules y pecas en sus mofletes –muy sonrosados– cuyo nombre era Leyla, y que tenía una goma de borrar color verde manzana a la que también llamaban Leyla. En la parte delantera de la misma, la pequeña había anotado su nombre con un rotulador fosforescente y, por eso, los compañeros de estuche de su goma –el lápiz del dos, las ceras de colorines, el sacapuntas y la regla– la llamaban así: Leyla la goma.

Leyla era una goma muy especial, capaz de borrar todo lo que se pusiese en su camino. ¿Magia? No. Lo que sucede es que ella pensaba que todo lo que veía había sido dibujado antes. Y lo creía con tal certeza que lograba convertir sus pensamientos en realidad. Además, la pobre, como estaba más gastada por el lado derecho –el de la clase de dibujo– se arrastraba para mover su cuerpecillo y, de ese modo, iba dejando un caminito blanco, blanco, blanco –como si todo fuese un trocito de papel.

Un día, de una semana, de un mes, de un año, llevaron de excursión al Museo Arqueológico a la clase de primero A. Y... ¡sí! ¡Claro que sí! Leyla, la dueña de Leyla la goma, pertenecía a esa clase. En el estuche estaban todos muy inquietos

porque escucharon como la profesora encargaba a los niños una tarea muy divertida: "Mis queridos alumnos, cuando mañana visitemos el museo, deberéis dibujar y colorear lo que más os guste del mismo". Ellos también conocerían los misterios de aquel museo de nombre tan extraño: "Arqueológico".

Cuando entraron en la primera habitación, un hombre con barba negra, unas gafas enormes y una sonrisa de abuelito, les dijo que se encontraban en la sala pre... priesti... presti... ¡prehistórica! Leyla sacó el estuche y comenzó a dibujar una lanza muy larga con la que el señor les contó que las personas cazaban para comer. Pero, de repente, Leyla, al levantar la cabeza, se vio maravillada por la escultura de una enorme mujer, muy blanca, que estaba en la sala siguiente. Salió disparada para que nadie le quitase la idea sin darse cuenta de que Leyla la goma se había caído de sus manos al suelo, al peligro de cualquier pisotón.

Se encontraba tan asustada, ahí tan sola en el suelo, que borró todo lo que la rodeaba para que nada ni nadie pudiese dañarla. Lanzó sus virutas lo más lejos que pudo, para que su dueña las viese y entonces la echase de menos. Pero su esfuerzo no le valió de nada. Leyla la niña tardó al menos dos horas en regresar en su rescate. Cuando entró en la sala se quedó boquiabierta: ¡ahhhhh! Leyla la goma, de tanto borrar, había convertido el cuarto en un gran folio gigante blanco.

A la pequeña no le dio tiempo ni a cerrar la boca porque, por el enfado, la estaba borrando su propia goma. Al principio, Leyla la goma estaba muy satisfecha por cobrarse del olvido de su amiga. Hasta que se dio cuenta de... "¿Qué he hecho? ¡Acabo de borrar a mi mejor amiga! Qué horrible soy". Estaba enormemente arrepentida. Pero ya no podría hacer nada por ella. Ella que había vuelto en su búsqueda... Así que se quedó un buen rato pensativa y sólo una cosa le pareció lo mejor: reunió todas las virutas que había desparramado un rato antes, las apretó en un mazacote y se borró a sí misma.

Antonio Zafra Arrebola

I CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

A la espera

A la espera de definitiva y mejor solución para lo mío, convertido -ahora sí- en un reloj de arena, he dado en visitar diariamente estas salas, convencido de que la bocanada de aire que acaba apagando todos los candiles habita aquí: los hogares, las lucernas, las hogueras y las brasas que aferran su último brillo sobre los metales, la madera y la piedra, duermen aquí. Otras, muchas otras sustancias no menos dignas pero con peor suerte, duermen su abandono en un limbo menos sistemático y más cruel, un purgatorio subterráneo envidia del cristiano, sobre un lecho laxo de arcilla y tiempo que no tendrá fin.

Envidio las lenguas que entonces se hablaron y que les dieron nombre, las oraciones que se dieron a luz en su presencia y no salvaron a otros, como no me darán a mí la salvación, pero en cuyos ecos apagados hay un consuelo estúpido que me conforta. El patio del museo los días de lluvia es un bálsamo suave y la luz del sol frío de marzo, en las vitrinas donde los dioses cobijan las monedas que nadie sabe porqué merecieron pervivir, abre una fina grieta en mi alma que se cree inmortal. Yo mañana no estaré aquí, sin embargo mis enseres y mis fotografías me sobrevivirán unas horas precarias, a manos de buhoneros y familiares bien intencionados. Todo lo que no he hecho, todo lo que no he tocado será un hueco en la piedra que no sabré esculpir. Bienaventurados los romanos

que se confiaron a ese mármol, bienaventurados todos aquellos cuyo rastro, de alguna forma quedó en la memoria de otros hombres unos días.

Mientras me acerco a ella, me consuela pensar que mi mirada sobre la de esa mujer de piedra que no existió, pervivirá de forma más digna que mis actos. La admiración por la belleza es una burbuja solitaria que asciende al cielo, sin obstáculos, pecado o penitencia. No admiraré las monedas, ni las armas, ni los ricos adornos de oro, ni las tumbas lamentables de los muertos. Admiraré, sentado y agotado de mí mismo, la figura de la mujer acuclillada, más humana que yo en todo mi dolor y mi desesperanza porque demuestra la existencia de cien generaciones, la mujer de mármol más breve y digna en su sorpresa, sin poder abrazar ya a nadie, recogida en ese momento vulnerable en el que ni es digna diosa de pie ni ser yacente, cerca del suelo, cerca del agua. Débil, humana, vuelta atrás la mirada como si se pudiese recoger de algún pasado, la esperanza de la mano que la cinceló. La graciosa pereza del seno sorprendido, la víspera del cuerpo erguido, desnudo y precavido. Somos fruto de la indefensión de generaciones de hombres nacidos de mujer acuclillada, somos la materia que pervive a la piedra y sin embargo, triste destino el nuestro, triste destino el de aquellos cuyos ajuares ahora contemplamos entre los cristales ajenos a

filosofías, religiones y esperanzas. Faltan los sonidos, faltan las voces, falta el cincel y el ruido de escobas y pucheros. Ayer amaneció y mañana se nublará Dios sobre todas las estatuas del mundo, lloverá y ni siquiera la lluvia nos hará justicia, nadie nos evitará el dolor y la grandeza de los que perdemos, la suave cuesta debajo de la memoria que desemboca en nada.

El celador, cómplice que ha visto mi aspecto declinar día a día, me guiña un ojo y con un gesto de la cabeza me da la señal: ahora no hay nadie cerca. Y puedo poner mi mano en tu rodilla herida. ¿Qué mejor materia que ese mármol frío y áspero para hacer orilla con mi piel? Sólo unos segundos, ese es el trato. Sólo una vida mortal. Ese es el trato. Sólo el recuerdo en la memoria de otros, ese es el trato. Algún día, si es posible, intentaré abrazarte. Para hacerme a la idea de la textura del tiempo que me espera dormido.

Cuando me alejo nos hurtamos el rostro, avergonzados ambos de ese contacto y del descubrimiento de nuestra precariedad. Vuelve la gente a pasar entre nosotros, se desliza sobre ti su atención unos segundos, unos minutos, engarzándoles en la cadena de los que te tuvieron en su memoria. La magnitud de esa cadena es sólo comparable al tamaño de la naturalidad con la que me ignoran. Murmura el tiempo al rozar sobre tu superficie, el aire agita las hojas de las plantas del patio y pienso que las pisadas arrastrándose sobre el suelo, los comentarios en voz baja, nos vuelven al mundo prosaico que en verdad somos.

Me despido del celador con una sonrisa y refugio mi mano en el abrigo, en ella llevo algo de la frialdad y algo del miedo que aquí te asiste, sola, por las noches, mientras desde mi cama te imagino escuchando el susurro del aire entre las hojas.

Yo no volveré uno de estos días, no podré volver. Tú no puedes marcharte aún. Por ahora. ¿Qué tierra, qué fina capa de polvo nos cubrirá?, ¿sobre qué lienzo nos expondrán mañana? Me sumerjo en el sueño y soy eterno, soy un dios de mármol refulgente, porque provengo de ti, del tuyo, el más bello de los vientres a la espera.

I Concurso de Relato Breve
del Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba